

plación" y de ahí se deriva el hecho principal, más allá de condenas o absoluciones tajantes, y que Montejo hermosamente enuncia, para concluir así: "El medio siglo más huero de poesía en tantos siglos, de que habla Gómez Dávila, se me aparece así como el más huero en espacio vital para la poesía. Me inclino a creer que no por ello la posteridad dejará de encontrar en las mejores voces de nuestra hora muchas palabras dignas de memoria. A la postre, lo más excitante del futuro es que no podemos suponerle benevolencia. 'Todo porvenir es brutal', dice la institutriz de *Otra vuelta de tuerca*. Pero cualquiera sea el parecer venidero acerca del arte de nuestro tiempo, será de todos modos innegable que cuanto se pudo salvar de la palabra fue mediante una lucha más ardua, aceptando un destino de expósitos. Hoy sabemos que hemos llegado no sólo después de los dioses, como se ha repetido, sino también después de las ciudades. No es improbable que unos y otras retornen un día, pero celebrarlos ahora, para adular al futuro, sería cometer imperdonable falsedad. 'El poeta —es de nuevo Herbert Read quien lo dice— tiene todos los privilegios, menos el de mentir'".

Entre todas sus notas, de calidad sostenida, de prosa tersa, se destaca la belleza de "El taller blanco", texto que da título al volumen, y la oportunidad de las que versan sobre latinoamericanos, la calidez de su crónica sobre Gerbasi, la agudeza de juicio sobre Ramos Sucre y la necesaria reivindicación de Pellicer, el poeta mexicano que vivió en Colombia, cuya relectura se va volviendo urgente —simplemente para aclarar muchas cosas— y de quien Montejo hace una valoración de sus obras juveniles. Y está también, en cuanto a América Latina, la relectura de esa revista pionera —ah, esa sí que aclararía cosas en el *smog* poético colombiano— que dirigió Raúl Gustavo Aguirre, Poesía —Buenos Aires—, nota que termina con la siguiente cita: "El juicio final será ante la poesía".

DARÍO JARAMILLO A.

## Salvados del gorgojo

Los escritos de don Sancho Jimeno

Alvaro Miranda

Universidad de Antioquia. Medellín, 1983

"Álvaro Miranda, Santa Marta, 1945. Sus primeros poemas aparecieron en los volúmenes colectivos *Ohhh* (1970) y *Antología de una generación sin nombre*, colección Adonáis, Madrid (1970). Posteriormente publicó un libro de poemas: *Indiada* (1971). Poemas suyos se hayan incluidos en *Obra en marcha*, 2, Colcultura (1976). Es fundador y codirector de la revista literaria *El Papagayo de Cristal*. La anterior nota figura en la solapa de la edición realizada por la Universidad de Antioquia, en 1983, del premio de poesía que el centro académico otorga anualmente pero que se publica con algún retraso.

La primera parte que da título al volumen alude a un personaje histórico, Sancho Jimeno, quien llegó a ser gobernador de Cartagena, a la muerte de su antecesor, aun sin contar con cédula real; como gobernador, este hombre de armas dueño de esclavos y de haciendas, entre el 11 de febrero y el 20 de marzo de 1694 y al mando de 450 hombres, debeló cuatro palenques de esclavos cimarrones, mató al célebre Domingo Criollo y a 43 esclavos más y capturó 92, aventura que dio lugar a cantar un tedéum en el templo mayor, por acción tan del agrado de Dios, según lo cuenta Lemaitre. No es este acontecimiento el que da lugar al poemario de Miranda, sino un hecho posterior. Copiando un procedimiento actual, las potencias de aquel entonces hacían la guerra en sus áreas de influencia y no en sus propios territorios, o al menos ensayaban a hacerlo, como se intentó cuando el barón de Pointis se tomó a Cartagena por orden de Luis XIV. Entonces, don Sancho Jimeno era el castellano del castillo de San Luis de Bocachica, que defendió heroicamente. Los franceses eran 5.053, venían en 26 embarcaciones y disponían de 522 bocas de fuego contra 32 cañones de Sancho Jimeno, quien tenía a su

mando 150, cuando eran necesarios siquiera 400 y contaba, además, con la hostil indisciplina de los soldados negros, que no olvidaban sus incursiones contra los palenques. El episodio terminó, obviamente, con la toma del castillo por los franceses y con un incidente caballeresco entre el noble francés y el soldado español.

En la realidad, Sancho Jimeno dejó una memoria escrita de la defensa y de su encuentro con Pointis. Pero este libro de poemas de Miranda, atribuido a Sancho Jimeno, se supone alternativamente que sea un delirio profético de Felipe II, escrito a cien años de los acontecimientos, o que sean las palabras que el propio Jimeno le dictó a un monje. Manuscrito imaginariamente hallado entre la biblioteca de José Asunción Silva, habitual recurso literario, como el famoso *Manuscrito encontrado en Zaragoza*, de Potocki.

La historia es un pretexto para esta originalísima poesía, que, a diferencia de otras, escrita por poetas de su generación, no se mediatiza por el textualismo sino por la anécdota y por un lenguaje culto y zumbón. En un idioma que semeja el español antiguo, Miranda se funde con el trópico, con su fauna y su flora, sus comidas y su calor, y expresa esa simbiosis racial que produce una nueva mitología, nuevos ritos, nuevas brujerías.

Si ha de hablarse de este libro en los términos del lenguaje que utiliza, su antecedente inmediato es León de Greiff. También en él ha de pensarse si se trata de hacer una aproximación a su sentido del ritmo, con sus propias connotaciones caribes en el caso de Miranda:

—Aquesta trémula noche de  
pingüe proxeneta,  
aquesta trémula noche,  
cuerdo para mis siervos  
pucheros de ave oca  
y para ajenos grosellas.  
[...]

Tras más de cien años de verso libre, después de sesenta o más años de su predominancia en la poesía colombiana, comienza a verse el reflujo de



la rima. En Miranda esta preocupación es notoria y está predeterminada por un estricto sentido musical:

AQUÍ SE DICE CÓMO  
ESTABA DOLIENTE DON  
SANCHO PORQUE NADIE  
VENÍA DE CARTAGENA  
A AYUDARLO

*Canta la rana, cojea la lluvia,  
la mar es zozobra que salva el  
rocío,  
preludio de nada que prende  
en el tiempo,  
crueldad del asombro que  
queda en el grito,  
cadáver, cadáver del día que  
muere perdido.  
La noche se orilla,  
borda el lucero la voz del  
arrullo,  
estatua de un sueño que crece  
en el mármol,  
piratas sin fígado que viandan  
la historia,  
malvados sin facha,  
se suenan las ñatas,  
se dan puntapiés,  
se comen los mangos, chorrean  
las patillas,  
el zumo es esmalte que prueba  
la sangre,  
perfume que sube chirriando a  
los montes,  
canción que se pierde en la  
boca más agria,  
saliva que espesa con velos  
la tarde.*

En otro plano, con otros intereses, el peruano Carlo Germán Belli ha realizado interesantes exploraciones del lenguaje arcaico y de las viejas rimas.

Hay cierto humorismo zumbón, sobre todo en la segunda parte de este libro, "Querencias del diablo y la murciélaga", poemas con largos y divertidos títulos, invocaciones de toda la zoología y frutas del trópico, de personajes históricos y, finalmente, como es usual también en los poetas nacidos en los 40, su acto de fe en la poesía:

[...]  
La poesía, sí,

*golpe del destino tras la suerte,  
absolutamente jamás intento  
eterno,  
mechón que alumbra en  
simulacro la memoria,  
sí, la poesía...*

D. J. A.

## Eros, ¡presente!

### Instrucciones para la nostalgia

Miguel Méndez Camacho

Domingo E. Taladriz, impresor.  
Buenos Aires, 1984

"Miguel Méndez Camacho (Cúcuta, Colombia, 1942). Abogado, periodista, profesor de humanidades e ideas políticas, es actualmente ministro consejero de la embajada de Colombia en Buenos Aires. Ha publicado dos libros de poemas: *Los golpes ciegos* (1968) y *Poemas de entrecasa* (1971) y dos libros de crónicas y reportajes: *Papeles* (1978) y *Perfil y palote* (1983). *Instrucciones para la nostalgia* recoge algunos de los poemas publicados".

La anterior noticia figura en la página 91 de esta selección de 37 poemas escritos por este poeta de Cúcuta.

Una nota sobre Hárold Alvarado Tenorio es buen lugar para enunciar lo que, a falta de nombre —y reflejando una cómica analogía con lo que describe— podríamos llamar la cultilatiniparla de los poetas colombianos de los setentas. Y una nota sobre Miguel Méndez Camacho es terreno abonado para referirse al segundo rasgo común de estos poetas: el tema erótico. Se diría que estos poetas van de la cita bibliográfica a la cita erótica, fluctúan entre la letra y la carne.

En un país católico y rural, con rudos mecanismos de condena social para cualquier actividad sexual fuera del matrimonio, la poesía erótica era materia clandestina. Las primeras reivindicaciones del erotismo postulado tanto en el campo político como en el de la creación literaria, datan de los cincuentas y, en concreto, de la revista Mito y de Jorge Gaitán Durán. Después los nadaístas, lectores

de Henry Miller y dados al escándalo, escribieron poemas tan desenfadados como los de Jotamario. Los poetas de los setentas vivirán una Colombia urbanizada, donde los hechos físicos de hacinamiento y promiscuidad y el derrumbamiento de tabúes y sanciones sociales son los hechos de los cuales la abundante y muy explícita poesía del amor físico es una pálida manifestación. Adicionalmente, de diferentes maneras, según cada poeta, la relación carnal es tomada como única reivindicación, territorio exclusivo de la felicidad, libre de la peste de la desolación, única forma de éxtasis, única luz entre la total obscuridad:

### LA SOLEDAD

*Si miramos el rostro de la  
amada  
y cerramos los ojos  
para palparlo luego en la  
memoria  
el fantasma del miedo nos  
traiciona.  
Por eso los amantes  
no se dan nunca nada el uno  
al otro  
y las manos que recorren los  
cuerpos  
no persiguen la piel  
sino el olvido de la futura  
soledad.  
Y las caricias se prodigan  
no a los cuerpos  
sino al vacío de la ausencia  
al temor de quedar sin  
compañía.*

Así sea como exiguo, efímero paraíso. Inevitable el recuerdo de Jorge Gaitán Durán en la poesía de Méndez.

Miguel Méndez Camacho es un pesimista sensual, lleno de afectos familiares. Él es una excepción que desvirtúa el cultismo de los poetas de su generación y un buen ejemplo de tratamiento de lo erótico. Su tono es coloquial, económico y, en este sentido, opuesto a la exuberancia surrealista de Roca. Sus recursos formales provienen de Neruda, a quien homenajea entusiasmado en *Don Pablo*:

*Señor, doctor, don,  
excelentísimo,*